



## Capítulo 13

# El pensamiento pragmatista en la actualidad: conocimiento, lenguaje, religión, estética y política

Pablo Quintanilla y Claudio Viale

Editores



**FONDO  
EDITORIAL**

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

*El pensamiento pragmatista en la actualidad:  
conocimiento, lenguaje, religión, estética y política*  
Pablo Quintanilla y Claudio Viale, editores

© Pablo Quintanilla y Claudio Viale, 2015

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015  
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú  
Teléfono: (51 1) 626-2650  
Fax: (51 1) 626-2913  
feditor@pucp.edu.pe  
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo  
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: octubre de 2015  
Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,  
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2015-13370  
ISBN: 978-612-317-137-7  
Registro del Proyecto Editorial: 31501361500976

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa  
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

## CONTEXTO Y EMISIÓN: UNA RELACIÓN COMPLEJA

Eduardo Fernandois

Pontificia Universidad Católica de Chile

*Context is one of those linguistic terms which is constantly used  
in all kinds of context but never explained.*

Asher, *The Encyclopedia of Language and Linguistics*

### PLANTEAMIENTO GENERAL

La noción de contexto genera una perplejidad de tipo agustiniano: mientras no nos pregunten qué es un contexto, lo sabemos; todo cambia, y para mal, cuando hemos de explicarlo a otra persona o incluso a nosotros. Se trata de una de aquellas palabras cuyo significado pareciera, por decirlo de algún modo, escurrírsenos de las manos; una de aquellas que, seguramente por lo mismo, *cuesta* aprender y explicar<sup>1</sup>. Quien tenga la mala suerte de que un niño de ocho años le venga con la pregunta: «Papá, ¿qué es un contexto?», percibirá al momento las dificultades. (Muestra de su completo despiste al respecto, mi hijo me preguntó alguna vez: «Papá, ¿qué es *el* contexto?» —así, con artículo determinado.) La palabra pareciera apuntar a algo de suyo difuso o indeterminado, pareciera incluir factores completamente heterogéneos y, quizás lo peor, pareciera acarrear consigo una cierta inestabilidad semántica: *sin* que se trate de polisemia o equivocidad, *contexto* no pareciera significar siempre exactamente lo mismo.

No extrañará que esta última dificultad se vea reflejada en el nivel referencial. Si algo caracteriza la extensión de la noción de contexto se trata, me parece, de lo siguiente: qué haya de contar como un contexto depende, ni más ni menos, del contexto en que se lo pretenda determinar. Sin duda que ello vale para el uso coloquial

---

<sup>1</sup> Entre varios otros ejemplos: *cultura*, *amor*, *arte*, *filosofía* y, claro, *tiempo*. En lo personal, recuerdo lo mucho que me costó entender, y ya bien pasada la infancia, el significado de *proyecto*. Aunque un amigo ingeniero intentaba explicarme esta palabra, yo no lograba *asir* su significado.

del concepto, pero vale igualmente para versiones teóricas de este. Tanto en la filosofía del lenguaje como en la lingüística, el hecho de que bajo él se subsuman más o menos factores, delineando así su extensión de manera más o menos generosa, es algo que dependerá del contexto de investigación: de las preguntas, los intereses, los métodos, etcétera de quienes realicen el delineamiento (consúltese también Fetzer, 2004, pp. 3 y ss.). En otras palabras, de existir algo así como *un contexto en general*, tal generalización no es ella misma general, sino contextual<sup>2</sup>.

La contextualidad de la noción de contexto, de su sentido no menos que de su referencia, la tornan seguramente incómoda a los ojos de quienes consideran la definición formal de un concepto un fin en sí mismo y no una mera estrategia heurística. Junto con Duranti y Goodwin (1992, p. 2), tiendo a pensar que una definición general de esta noción —mediante la mención, por ejemplo, de condiciones necesarias y suficientes— no constituye una meta asequible. Sin embargo, la posibilidad o imposibilidad de una definición me parece algo menos importante que la sospecha de que no es por esa vía, definiendo, como se avanzará hacia una explicación adecuada. No justificaré aquí la sospecha; aspiro únicamente a que, concluido este trabajo, ella salga fortalecida.

En lo que sigue revisaré dos conocidos tópicos de la filosofía del lenguaje de corte pragmático —la determinación de la fuerza ilocucionaria de nuestras emisiones en general y el funcionamiento de emisiones *performativas* en particular— y otros dos menos conocidos —hablaré de *metáforas fuertes* y *conversaciones productivas*—, siempre con el fin de registrar *cómo opera* en cada uno de ellos la noción de contexto. La revisión me llevará, en algunos casos, a proponer correcciones en el tratamiento de esos tópicos y, en otros, a mostrar conexiones conceptuales que quizás no hayan sido suficientemente subrayadas hasta ahora. Las dos principales motivaciones de este artículo se reflejan, respectivamente, en su título y en su epígrafe: sospecho, primero, que la relación entre contexto y emisión lingüística es algo más compleja de lo que se suele pensar y quisiera contribuir, segundo, a la explicación de un concepto del que, increíblemente, se habla bastante poco.

---

<sup>2</sup> Steven Gross dedica todo un capítulo a mostrar que la pregunta por condiciones de individuación de contextos *en general*, es decir, *independientemente* de los objetivos teóricos que lleven a determinar la noción en cuestión, es una mala pregunta: «*There's no sense to inquiring into their proper individuation conditions [of contexts, E. F.] without an idea of what questions we hope to answer in part through adverting to context. [...] We thus can say what a context is only after clarifying our theoretical aims*» (2001, p. 26). El autor justifica esta hipótesis mediante un análisis de las definiciones de *contexto* propuestas por Lewis, por Stalnaker y una tercera inspirada en Davidson (pp. 27-44).

### TRES DISTINCIONES PRELIMINARES

La imposibilidad, si es que lo es, de definir *contexto* de un modo general (no contextual) no representa un obstáculo para hacer un par de distinciones relacionadas con la noción y que nos serán útiles más adelante.

En primer lugar, al hablar de contexto pensamos siempre en algo como un «evento focal» (*focal event*, Duranti & Goodwin, 1992, p. 3), que no es posible entender —o no del todo, o no del todo correctamente— si no se le ve inmerso en un cierto marco que, por así decir, lo circunda. El evento focal no necesariamente es de carácter lingüístico, bien podría tratarse también, por ejemplo, de una acción corporal; no obstante, me centraré en lo que sigue en emisiones lingüísticas orales. Por su parte, el marco está conformado por una compleja mezcla de factores lingüísticos y extralingüísticos esencialmente entretreídos<sup>3</sup>. Es, claro está, a este marco que solemos llamar *contexto*. Resulta interesante, sin embargo, que usemos a veces la misma palabra para referirnos al *todo* resultante del evento focal y el marco circundante. «En ese contexto me sentí siempre muy bien», a saber: en ese lugar, rodeado de ese grupo de amigos y escuchando *las cosas que ellos decían* y el modo en que lo hacían. La idea de contexto como un todo o sistema que *incluye* el evento focal resuena también en la siguiente caracterización de Duranti y Goodwin: «*The notion of context thus involves a fundamental juxtaposition of two entities: (1) a focal event; and (2) a field of action within that event is embedded*» (1992, p. 3). Solo al final de la exposición, y muy brevemente, volveré sobre esta interesante faceta, si se quiere gestáltica de la noción<sup>4</sup>. Siguiendo su uso más habitual, la reservaré entonces para referirme al *marco* (o campo de acción, como dirían Duranti y Goodwin) en el que se inscribe una cierta emisión lingüística.

Cabe distinguir, además, dos usos de nuestra expresión. Nos referimos a veces al *contexto específico* de una emisión en particular, teniendo entonces en mente un hablante y un oyente con nombres y apellidos, el lugar y el tiempo de *esa* emisión, la intensidad emocional, la configuración social, los antecedentes previos, etcétera, de una situación comunicativa *concreta*. En otras ocasiones, en cambio, esos mismos factores

<sup>3</sup> Al suscribir la idea del entretreimiento, propia de la noción wittgensteiniana de juegos de lenguaje, asumo aquí, sin más, que ciertas distinciones de la lingüística no pueden ser entendidas sino en términos *graduales*. Pienso en la oposición entre *contexto* (contexto social y/o práctico) y *cotexto* (contexto lingüístico), lo mismo que en la diferencia entre un *high-context-language* (aquel profuso en expresiones ambiguas, idiomáticas, figurativas, codificadas, etcétera) y un *low-context-language* (el del traspaso de información sencilla, literal, precisa, etcétera).

<sup>4</sup> La distinción entre un *evento focal* y un *marco circundante* evoca ciertamente la famosa distinción figura-fondo de la psicología de la *Gestalt* (véase Fetzer, 2004, p. 3). Y, como se sabe, el conjunto formado por la figura contra su fondo constituye una *Gestalt*, una totalidad.

se presentan *de un modo tipificado*, como cuando usamos las expresiones «en el contexto de un *workshop* de filosofía analítica», «en un contexto militar» y otras similares, o como cuando distinguimos los modos de hablar y de comportarnos «en el hogar» y «en la oficina». En estos casos tenemos en mente personas en general (y, a menudo, solas o más bien los roles sociales que ellas cumplen); ya no aludimos a lugares, momentos y factores emocionales particulares, sino a aquellos que son característicos de un *contexto típico*<sup>5</sup>.

Una última distinción que quisiera presentar como antecedente a la discusión propiamente dicha es un corolario de la famosa oposición entre la perspectiva de un observador y la de un participante. Podemos observar y describir un contexto en tercera persona o podemos actuar en él en primera persona. Habrá que ver si para fines teóricos estas dos maneras de enfrentarse a un contexto son más o menos opcionales, o si existe, en cambio, algún primado de una de ellas respecto de la otra. Por de pronto, podemos reformular la misma distinción en los términos de Stanley Fish: «Es la diferencia entre pensar en un contexto como algo en el mundo y pensar un contexto como una construcción del mundo» (1980, p. 53).

## EL CONTEXTO INCIDE EN LA EMISIÓN

Una primera variante de la relación entre contexto y emisión consiste —dicho de un modo muy genérico— en que el primero incide o influye en la segunda. Para el caso específico que nos ocupará en lo que sigue, decimos que conociendo el contexto podemos conocer también la *fuerza ilocucionaria* de la emisión<sup>6</sup>. Así, por ejemplo, proferir la oración «Me gustaría comer un bife de chorizo» podría representar diversas acciones lingüísticas, dependiendo del contexto de emisión: podría ser un pedido (en un restaurante argentino), una broma (en un restaurante vegetariano),

<sup>5</sup> Me parece que la distinción expuesta en este párrafo no equivale exactamente a una distinción tipo-ejemplar (*type-token*), en la medida en que algo *tipo* no es lo mismo que algo *típico*. Lo primero representa aquello *común y peculiar* a todos los correspondientes ejemplares; lo segundo corresponde más bien un ejemplo paradigmático que no responde a la lógica de lo necesario y suficiente.

<sup>6</sup> Dado que el trabajo se inscribe principalmente en un marco pragmático, con énfasis en la idea de acciones lingüísticas, no comento otros casos en que el contexto incide en la emisión. En la semántica filosófica cabría mencionar expresiones suboracionales sensibles al contexto, tales como indexicales y demostrativos, lo mismo que una enorme variedad de predicados sensibles, y en diversos sentidos, al contexto de emisión. Gross muestra con detalle y claridad tanto la ubicuidad como la utilidad del fenómeno de la «sensitividad contextual» (*context-sensitivity*) (2001, pp. 1-24).

Tampoco me referiré aquí a las discusiones generadas por la tesis «contextualista» de Searle, según la cual una oración solo determina condiciones de verdad (y en general de satisfacción) dadas, si se asume una enorme cantidad de supuestos que conforman un trasfondo (*background*).

la expresión de un simple deseo (antes de decidirse por el restaurante argentino), la presentación de un ejemplo (en una ponencia sobre la noción de contexto), una exclamación desesperada (luego de varios días sin ingerir alimentos), entre otras posibilidades<sup>7</sup>. En cada uno de estos casos, el contexto incide en la emisión, puesto que sin su consideración no podríamos establecer de qué fuerza ilocucionaria se trata. Más aún, la idea es que el contexto incide en la emisión *determinando* cuál será su fuerza, en la medida en que una fuerza *calza* en un contexto (y si no calza en este, es que calzará en este otro: la relación es 1:1). En términos más generales, es posible decir, y se dice, que el contexto le da forma al lenguaje (*context shape language*) —para nuestros efectos: le da forma ilocucionaria—. De ahí que se pueda afirmar también que el contexto es concebido en este caso como una especie de *molde* en el que una fuerza ilocucionaria o bien encaja o bien no encaja: «Por el contexto la conoceréis». En lo que sigue intentaré mostrar que esta interpretación del modo en que el contexto incide en la emisión es demasiado simplista.

### El contexto: ¿un molde *definitivo*?

Así lo demuestran, por de pronto, las consideraciones que, a propósito de los llamados «usos parasitarios del lenguaje», autores tan diversos como Davidson (1984) y Derrida (1989) formulan respecto de la relación entre *fuerza* y *contexto*, y cuyo núcleo es el distanciamiento de la idea —cara a Austin y Searle— de que un contexto «normal» o convencional sirva como *garante* de la fuerza de una determinada emisión. No me detendré mucho en este punto, ya bastante discutido<sup>8</sup>. En términos del ejemplo brindado más arriba, el punto es que *en el restaurante argentino* la emisión «Me gustaría comer un bife de chorizo» podría representar, no un pedido, sino una broma o ironía (si, por ejemplo, soy vegetariano), o un reclamo (si se hubiera acabado este corte tan típicamente argentino), o un ejemplo (si durante la cena conversara con un amiga filósofa sobre el tema de esta ponencia), o una orden (si soy el dueño del restaurante que dirige esas palabras, en tono poco amigable, al cocinero), o también una cita (de algún guion teatral que confieso no conocer). En fin, podríamos imaginarnos incluso más posibilidades tanto para el contexto gastronómico como para cada uno los otros contextos que mencioné al presentar el ejemplo.

<sup>7</sup> El ejemplo del bife de chorizo no es mío. Se lo escuché hace muchos años a Albrecht Wellmer, mi director de tesis doctoral.

<sup>8</sup> Tomo partido en Fermandois (2000, pp. 118-125) por la posición derridiano-davidsoniana en el debate sobre los usos parasitarios (como, por ejemplo, «Sí, te acepto como esposo», dicho por una actriz en medio de una representación teatral). Ahí mismo se consignan los textos pertinentes en tal debate.

Ahora bien, tales consideraciones repercuten en nuestra explicación de la idea de contexto, pues nos llevan a privilegiar la perspectiva interna, la del participante en primera persona. Cuando decimos «en el contexto de un restaurante argentino» parecemos hablar de algo *ya dado y fijo* ahí afuera en el mundo, algo que podemos hacer objeto de nuestra observación neutral. Lo que venimos diciendo sugiere, en cambio, que eso dado y fijo lo es tan solo aparentemente, pues puede verse de un modo muy diferente y cambiante desde la perspectiva de quienes participan de un contexto. Aunque suene algo paradójico: el contexto *real*, el que realmente cuenta, tiene siempre algo de *construido* (como diría Fish), en la medida en que no está ahí afuera como objeto independiente, sino que como marco de participación *nos involucra*. Nada de esto implica, *nota bene*, que sea incorrecto decir que una emisión a menudo *calza* de inmediato en un contexto y que, en tal sentido, cabe hablar en muchos casos del contexto como un molde; significa, en cambio, que el contexto no es un molde *definitivo* y que la perspectiva del observador neutral tampoco es la primaria. Las variaciones ejercitadas en el caso del restaurante argentino afectan, a modo de ejemplo, *el concepto mismo de contexto*. Interesados en él, debiéramos privilegiar entonces la perspectiva de los actores mismos<sup>9</sup>.

### El contexto: ¿un *molde*?

Según la interpretación simplista, el contexto es un molde definitivo que determina una fuerza en particular, excluyendo de antemano todas las demás. Hemos visto que ese carácter definitivo esconde una presunción problemática. Pero hay además ocasiones en que el contexto ni siquiera opera como un *molde*: aquellas en que la fuerza ilocucionaria constituye, en un contexto determinado, el tema de una *aclaración* o el objeto de una *discusión*. Un ejemplo presentado hace muchos años por Hare servirá para mostrar ambas posibilidades (1971, pp. 112 y ss.). Imaginemos a un capitán diciéndole a un soldado «¡Cierre la ventana!». Bien podría ocurrir —si ambos están fuera de servicio, por ejemplo— que no quede claro si se trata de una petición o de una orden; hasta para el propio capitán podría no estar del todo claro qué quiso decir en términos ilocucionarios. Cabría imaginar diversos desenlaces: (a) que el soldado simplemente cerrara la ventana y nunca quedara claro, para ninguno de los dos, si se trató de una petición o una orden; (b) que el soldado preguntara «¿Es una petición o una orden?» y la pregunta diera paso a una —acaso breve, aunque no necesariamente— *clarificación ilocucionaria*; (c) que el soldado, asumiendo que se trata de una orden, se rebelde: «¡Pero no tiene derecho a ordenarme tal cosa!»,

<sup>9</sup> A partir de un ejemplo de Bateson, también Duranti y Goodwin hacen especial hincapié en este punto (1992, p. 4).

dando pie así a una potencial *discusión ilocucionaria* de duración y desenlace desconocidos, en la que podría ocurrir (c1) que tarde o temprano el capitán dijera: «Tiene razón, no me cuesta nada cerrarla yo mismo», con lo cual reconsideraría la fuerza inicial; como también podría decir (c2) un «¡Es que se lo estoy ordenando!», destinado a reafirmar tal fuerza<sup>10</sup>.

Resulta, creo, más o menos claro que en *ninguna* de todas estas posibilidades —incluyendo (a), que también forma parte de nuestra compleja vida— el contexto opera como un molde en el que una fuerza calza o no de inmediato. El contexto carece ahora, por así decir, de una forma determinada, por lo que tampoco determina de una vez, ni siquiera desde la siempre singular perspectiva interna, una fuerza en particular. Si antes hablábamos de un molde, podríamos hablar ahora de un simple telón de fondo, un telón que, siendo necesario, no le impone una particular forma ilocucionaria a la emisión. *Diversas* fuerzas ilocucionarias son ahora posibles, ya no se trata de una relación 1:1. El contexto funciona simplemente como un escenario en el que hablante y oyente *progresivamente* llegan —o no, como en (a)— a determinar la fuerza ilocucionaria de una emisión, sea en virtud de una aclaración o de una discusión: «En el contexto la iréis averiguando»<sup>11</sup>.

El carácter procesual de la aclaración y la discusión ilocucionaria permite reparar en otra característica poco explicitada de la noción que nos ocupa. Cuando se dice que una emisión calza o no en un contexto, ese mismo modo de hablar nos puede llevar a olvidar que un contexto no sería un contexto, si no hubiera un *antes* y un *después* del evento focal. Nuevamente en contra de las apariencias, el concepto de contexto, más que apuntar a la estructura de un momento, se mueve en un *eje* temporal, lleva inscrita una cierta *diacronía*. Es este un aspecto importante de la noción wittgensteiniana de «entorno» (*Umgebung*), como lo demuestra la siguiente cita: «¿Podría alguien sentir durante un segundo profundo amor o esperanza — sea lo que sea lo que precedió o siguió a ese segundo? — Lo que ocurre ahora tiene significado — en ese entorno. El entorno le da importancia» (*IF* § 583)<sup>12</sup>.

<sup>10</sup> Sobre la base de este y otros ejemplos similares, y luego de criticar el modo en que Searle, Davidson y Tugendhat formulan la distinción entre *fuerza ilocucionaria* y *sentido* (significado, contenido) *proposicional*, propongo en otro lugar una versión *contextualista* de esa distinción (Ferandois, 1995).

<sup>11</sup> Obsérvese que en las discusiones sobre la llamada «sensitividad contextual» (ver nota 6), por ejemplo, sobre si dicha sensitividad afecta única o principalmente a deicticos o si atañe también a diversos tipos de predicados, *ambas* partes operan con la «versión molde» de la noción de contexto, que, como hemos visto, corresponde solo *parcialmente* al modo en que esta funciona.

<sup>12</sup> La sigla *IF* corresponde al libro *Investigaciones filosóficas* seguida del párrafo citado. Sobre la idea de contexto en Wittgenstein, puede revisarse Schulte (1990) y Scholz (2001).

## LA EMISIÓN INCIDE EN EL CONTEXTO: PERFORMATIVOS

El contexto incide en la emisión — ¿es que no ocurre a veces al revés? Que la *emisión* pueda incidir en el contexto concuerda, de pronto, con la condición diacrónica de este último. Y es que, en principio, cada oración puede ir cambiando, leve y sutilmente, el marco en el que es emitida, tornándolo uno más o menos amigable, más o menos convencional, más o menos político. Hasta cierto punto, toda emisión puede incidir así en el rumbo que tomará la conversación. Sin embargo, hay un sentido diferente y, si se quiere, más dramático, en el que cierto *tipo* de emisiones son capaces de cambiar de una vez el contexto en que son proferidas. Y en este caso lo llamativo es precisamente lo repentino. Para mostrar el punto, considero oportuno volver al tópico austiniano de los performativos.

Al sustituir la oposición entre emisiones performativas y constativas por la triada de locución-ilocución-perlocución, Austin pierde un crucial aspecto de su descubrimiento inicial: en efecto, el performativo *altera*, por el mero hecho de ser emitido, la realidad social circundante, *creando* hechos sociales, en un sentido enfático que ya no se halla presente en la noción heredera (ilocución). En virtud de lo mismo, la idea de performatividad, no la de ilocución, va específicamente asociada a la noción de un *poder* del lenguaje<sup>13</sup>. Como se recordará, en los ejemplos originales de Austin se trata de actos institucionales: «Bautizo este barco como Queen Elizabeth», «Los declaro marido y mujer». Por obra y gracia de este último performativo, debidamente ejecutado por un funcionario del Registro Civil, la pareja se halla en un estado (civil) diferente. Sin embargo, también hay actos que crean o modifican una realidad social *no* siendo institucionales, es decir, la distinción entre actos lingüísticos institucionales y no-institucionales se distingue de la distinción entre actos performativos y actos ilocucionarios. Un ejemplo que bien lo demuestra es el primer «Te quiero» en una relación amorosa. Apenas esas dos palabras suelen tener el poder casi mágico de modificar radicalmente el carácter de una relación de pareja, de marcar un antes y un después de la emisión. Otro ejemplo llamativo, sobre la base del concepto de *gender performativity* acuñado por Judith Butler, es la emisión «¡Es una mujercita!», en boca de una matrona, emisión performativa en el sentido de que con ella arranca un proceso de conformación lingüística de identidad sexual. El género representa una categoría performativa, en la medida en que su realidad es en buena parte deudora de la formulación apropiada (*felicitous*) de palabras como las del ejemplo.

Se podría objetar acaso que esta literal *eficacia* lingüística no es característica exclusiva de los performativos. Si le comunico a una persona la muerte de su padre,

<sup>13</sup> Es curioso, pero a pesar de que se hable de una *fuerza* ilocucionaria, esta es ciertamente mucho más tenue que la fuerza o el poder del performativo.

esto ciertamente puede modificar su vida, marcando un antes y un después. Y se trata de una simple emisión constativa que transmite una información: «Tu padre ha muerto» no se distingue estructuralmente de «Está lloviendo» o «El gato está sobre el felpudo». Sin embargo, la objeción olvida que los performativos no conforman una clase de emisiones identificables por una forma gramatical y con independencia precisamente del contexto en que se profieren. Es cierto, podríamos imaginarnos un contexto en el que la oración más aburrida del mundo («El gato está sobre el felpudo») tuviera las consecuencias más dramáticas para el oyente: pensemos en que su felpudo vale una fortuna y supongamos que su gato es incontinente. Lo que definitivamente hace más interesante el caso del «Te quiero» y el de «¡Es una mujercita!» es que se trata de contextos en los que muchos más seres humanos reconocemos experiencias decisivas y comunes.

En contra, quizás, de una primera impresión, vemos entonces que la relación entre contexto y emisión es *bidireccional*, que el contexto no solamente puede ser lo determinante sino también lo determinado. Cabe hablar de una constante *interacción* entre emisión y contexto. Esta es la perspectiva que intentaré profundizar en lo que sigue, mostrando en otros fenómenos de nuestra vida lingüística nuevos sentidos de tal interacción.

### LA EMISIÓN CREA UN NUEVO CONTEXTO: METÁFORAS FUERTES

Para establecer una nueva variante en que la emisión influye en el contexto distinguiré entre dos sentidos de *crear*. Decíamos que el performativo *crea* un hecho social (por ejemplo, que dos personas se hallen casadas ante la ley). Sin embargo, no se trata ahí de un hecho social *completamente nuevo*: es nuevo para las dos personas involucradas, claro, pero no es algo nuevo en general. Crear algo nuevo en general es un sentido distinto, más enfático, de *crear*. Y es lo que, en mi opinión, pueden hacer las llamadas *metáforas fuertes*<sup>14</sup>.

Entiendo aquí por *metáforas fuertes* un tipo de metáforas que nos sorprende en alto grado (no lo hace una metáfora convencional como «María es un pedazo de hielo») y cuya interpretación es abierta e indeterminada (no lo es la de esta metáfora, que simplemente apunta al carácter poco emocional de María). Ejemplos de metáforas fuertes: «Un poema es un pavo real», «La pobreza es un delito», «La arquitectura es música petrificada». Pues bien, quien afirmó por primera vez que la pobreza es un delito, propuso un contexto inusitado (legal, moral) en el que situar el tema de la pobreza, afirmando de paso que se trata de un marco apropiado

<sup>14</sup> Los dos párrafos que siguen son en buena parte un resumen de cuestiones que he desarrollado con más detalle en Ferandois (2003).

para ese tema<sup>15</sup>. Enunciar metáforas fuertes es recontextualizar. El autor sitúa aquello de lo que habla su metáfora (el «asunto principal», como lo llamó Black) en un nuevo contexto, *creando* así un modo novedoso de referirse al tema y comportarse frente a él. Y es pertinente hablar de la creación de algo completamente nuevo, en la medida en que la conjugación de tema y contexto resulta, en estos casos, algo inédito. Pasó lo mismo con la metáfora «El amor es una planta que hay que cuidar», que ciertamente corrigió exageraciones del romanticismo decimonónico. Muchos quisiéramos que pasara también con la metáfora ecológica «El árbol es tu amigo».

De nuevo: la predicación metafórica es la predicación de un contexto. Ahora bien, ese contexto es el que conforman no solo un conjunto de *informaciones* sino también las *valoraciones, disposiciones de conducta, emociones, imágenes, etcétera* relacionadas, en nuestro ejemplo principal, con el delito. El enorme potencial crítico de esta metáfora obedece al hecho de que no solo se trata de generar o confirmar creencias sobre la cuestión de la pobreza, sino de dar paso a una nueva *actitud* frente a ella, actitud que es mucho más que una mera suma de creencias y de la cual forman parte, en este caso, la indignación por la distribución injusta de riquezas y la adopción de medidas concretas de cambio. Esta descripción del funcionamiento de las metáforas fuertes nos permite ver otro rasgo importante de nuestra noción de contexto y que solo mencioné al comienzo: la *heterogeneidad* de los factores que la componen. Esa heterogeneidad, pienso, es la principal explicación de aquello que queremos decir cuando hablamos de la *riqueza* de una metáfora fuerte. Así también, el carácter *indeterminado* de la noción de contexto da cuenta de que siempre podemos seguir interpretando metáforas fuertes con provecho. Estas peculiaridades de la noción le vienen a la metáfora fuerte como anillo al dedo.

Por último, hemos de aplicar aquí una de nuestras distinciones preliminares. Si decimos que un enunciado metafórico depende de su contexto de emisión para poder ser identificado e interpretado, estamos hablando de un *contexto específico*<sup>16</sup>.

<sup>15</sup> Por razones de espacio no puedo detenerme en este importante punto, pero pienso que es perfectamente posible *evaluar normativamente* al interior de contextos, para lo cual disponemos de nociones como *apropiado* o *adecuado* (o la de *rightness* en Goodman que apunta a lo mismo). Contexto y adecuación (en el sentido adecuado del término) mutuamente se requieren (véase al respecto Fermeandois, 2003, pp. 84 y ss.).

<sup>16</sup> Conviene anotar que la dependencia contextual de metáforas fuertes u osadas es mucho más fuerte que la del discurso literal. Sin conocer el correspondiente contexto de emisión, no sabemos en qué sentido alguien dice «Me gustaría comerme un bife de chorizo»; no por ello, sin embargo, ponemos en tela de juicio el enunciado en general. Es lo que puede ocurrir, en cambio, frente a una emisión como «La vida es una zanahoria». Si no conozco su contexto, bien podría pensar no que se trata de una metáfora, sino de un simple *abuso* del lenguaje. Leí alguna vez que existe efectivamente un poema basado en la idea de que la vida es una zanahoria; pero si no disponemos de un tal co(n)texto, tenderemos a ver en casos como este mero *nonsense*.

Cuando afirmamos, en cambio, que una metáfora fuerte propone un contexto inusitado, aunque quizás muy apropiado, para el tratamiento de un tema, hablamos de un *contexto típico*.

## EL CONTEXTO CREA UN SENTIDO: CONVERSACIONES PRODUCTIVAS

Es posible argumentar, creo, que tomarse en serio la idea del lenguaje situado, de la emisión en un contexto, lleva de suyo y de un modo natural a tomarse en serio la idea de la conversación. En efecto, el factor clave del contexto en que yo digo lo que digo está en *lo que haya dicho o vaya a decir mi interlocutor o mi audiencia en general*. Si pensamos, por ejemplo, en que tal o cual emisión es emitida en un país latino o en un país anglosajón, en el campo o en la ciudad, o en el *lugar* que sea, lo realmente importante es aquello que las personas que habitan esos lugares digan y cómo lo hagan. Una emisión ciertamente puede estar influenciada también por factores *temporales* (no es lo mismo decir «Me separé de mi esposo» en la actualidad que hacerlo antes de la revolución sexual), pero de nuevo se trata fundamentalmente de los interlocutores y sus posibles reacciones lingüísticas en un momento, una etapa o una época. A lo que voy: factores contextuales relativos a tiempo y lugar son *indirectamente* relevantes, a saber, en virtud de lo que las personas dicen en un tiempo o lugar más o menos determinados. «Las personas se transforman en entornos las unas para las otras», señala McDermott<sup>17</sup>. En este caso, futuros *lectores y lectoras* del presente texto, con sus respectivos modos de ser, comportarse y hablar, son mi contexto<sup>18</sup>.

Asumiendo entonces que *contexto conversacional* es una expresión cercana a un pleonasma, me referiré, para finalizar, a una cuarta posible variante de la relación entre lenguaje y contexto, planteando que el contexto (la conversación) puede crear significado o sentido lingüístico. Se habla a menudo de conversaciones *productivas* y en algunos casos cabe tomar el calificativo *avant la lettre*, tal como lo hizo Donald Davidson en su conferencia «Dialéctica y diálogo». Davidson se refiere ahí a conversaciones en cuyo transcurso el significado de las palabras va cambiando y en el que los interlocutores solo llegan a saber lo que querían decir en virtud

---

<sup>17</sup> «*People become environments for each other*» (citado por Duranti & Goodwin, 1992, p. 5). A ello parece apuntar también el título de un libro de Givón Talmy que no he logrado conseguir: *Contexts as Other Minds*.

<sup>18</sup> Si llevo razón al mantener que el discurso situado es fundamentalmente el de la conversación —como piensan también Fetzer, y Duranti y Goodwin—, no deja de sorprender que enfoques del lenguaje en que la idea de contexto juega un rol preponderante (como los de Wittgenstein, Austin y Wittgenstein) no hayan tratado el tema de la conversación. Dichos enfoques contemplan siempre un oyente, pero que en lo fundamental es pasivo. Para el caso de Wittgenstein, quien más agudamente ha detectado esta deficiencia es su discípulo Rush Rhees.

del mismo proceso de comunicación; conversaciones, en suma, en que los participantes mutuamente *crean* un sentido lingüístico. El uso compartido del lenguaje no es, en casos como estos, algo que *posibilite* una conversación, sino más bien su *resultado*. En estas conversaciones productivas tiene lugar un «influjo mutuo de los espíritus, en el que las palabras se van haciendo dóciles a nuevos modos de uso y las ideas pueden ir desarrollándose progresivamente» (1994, p. 434). ¿Dónde o entre quiénes se dan conversaciones de este tipo? Este autor tiene en mente el caso de una buena discusión filosófica, lo que constituye un ejemplo convincente, toda vez que los filósofos solemos encontrarnos en la situación de no saber, o solo de un modo muy nebuloso, lo que realmente queremos decir. Y esto porque solemos estar hablando y discutiendo sobre conceptos fundamentales que simplemente no tenemos claros.

Recordemos que en el ejemplo de Hare, el capitán puede no saber bien qué quiso decir (ilocucionariamente) al emitir la oración «¡Cierre la ventana!». Pero la clarificación ulterior de ese asunto parece ser algo distinto a la conversación filosófica que comenta Davidson, porque no es lo mismo desambiguar palabras y crear conceptos. En el ejemplo de Hare se trata de averiguar *cuál* de las dos (o tres o cuatro) opciones disponibles es la que corresponde; propio de la conversación filosófica es que de alguna manera no haya opciones previamente disponibles. En este último caso, más que encontrar una opción, se trata de *forjarla*<sup>19</sup>. Por cierto, conceder todo esto supone abandonar convicciones que nos cuesta abandonar, como la de que nuestros pensamientos están siempre claros y que solo se trata entonces de encontrar las palabras adecuadas, esto es, que sabemos lo que queremos decir y que las palabras son meros ropajes externos.

Supongo que todos habremos sostenido alguna vez conversaciones en que, como señala Davidson en alusión a los diálogos socráticos, «las palabras se mueven y los significados se van progresivamente moldeando» (p. 434). En lo que a mí respecta, las tengo entre las mayores satisfacciones de las que puedo dar cuenta. Ahora bien, también es cierto que se trata de una experiencia bastante esporádica. Conversaciones productivas —Davidson no sostuvo esto, pero tampoco lo negó— requieren de que los interlocutores sean amigos, y *tan* amigos como para que puedan, al menos por el rato de la conversación, olvidar su tan humana necesidad de sobresalir, mostrarse inteligentes, buscar sumar puntos, etcétera, con el fin de lograr concentrarse en una y solo una cosa: el tema en cuestión. Conversaciones productivas requieren de un contexto amistoso, o mejor dicho: *son* contextos amistosos.

---

<sup>19</sup> Hablamos ciertamente de *conversaciones productivas* en ámbitos no filosóficos, pero se trata, creo, de algo diferente. Llegamos a una reunión con ciertas opiniones, y al salir constatamos que las hemos matizado o que hemos adquirido nuevas y acaso sorprendentes opiniones. Pero se trata de opiniones nuevas, no de conceptos nuevos. Es tan importante advertir que la distinción entre ambos casos es puramente gradual, como defender que las diferencias graduales también son distinciones.

## A MODO DE EPÍLOGO

En el mismo párrafo 583 de las *IF*, citado más arriba, Wittgenstein escribió lo siguiente: «Una boca sonriente solo sonríe en un rostro humano»<sup>20</sup>. La observación me hace recordar aquel uso de la noción de contexto que mencioné al comienzo y del cual no he hablado hasta ahora: cuando con esa palabra nos referimos al *todo* formado por el evento focal y el marco circundante. Creo que este uso pone de manifiesto lo que ha sido el *leitmotiv* de este trabajo: que *evento* y *marco* mutuamente se *requieren*, que ninguno de ellos existe sin el otro —como no hay boca sin rostro, ni rostro sin boca— y que mutuamente interactúan. Espero haber mostrado algo de la complejidad que caracteriza la relación entre contexto y emisión, y en ese mismo intento haber podido describir algunos rasgos de la peculiar noción de contexto. En absoluto quisiera sugerir que las cuatro posibilidades que he comentado son las únicas. Es más, si hubiera otras (como seriamente sospecho), ello no haría sino confirmar que se trata de una relación compleja.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Asher, Ron E. (1994). *The Encyclopedia of Language and Linguistics*. Oxford: Pergamon Press.
- Austin, John L. (1971). *Palabras y acciones: ¿Cómo hacer cosas con palabras?* Buenos Aires: Paidós.
- Davidson, Donald (1984). Communication and Convention. En *Inquiries into Truth and Interpretation* (pp. 265-280). Oxford: Oxford University Press.
- Davidson, Donald (1994). Dialectic and Dialogue. En Gerhard Preyer y otros (eds.), *Language, Mind, and Epistemology* (pp. 429-437). Dordrecht: Kluwer Academic Publishers.
- Derrida, Jacques (1989). Firma, acontecimiento y contexto. En *Márgenes de la filosofía* (pp. 347-372). Madrid: Cátedra.
- Duranti, Alessandro & Charles Goodwin (1992). Rethinking the Context: An Introduction. En Alessandro Duranti y Charles Goodwin (eds.), *Rethinking Context. Language as Interactive Phenomenon* (pp. 1-42). Cambridge: Cambridge University Press.
- Ferandois, Eduardo (1995). Sentido y fuerza: ¿cómo formular una distinción? En Carlos B. Gutiérrez, (ed.), *El trabajo filosófico de hoy en el continente* (pp. 667-677). Actas del XIII Congreso Interamericano de Filosofía. Bogotá: Sociedad Interamericana de Filosofía.
- Ferandois, Eduardo (2000). *Sprachspiele, Sprechakte, Gespräche. Eine Untersuchung der Sprachpragmatik*. Würzburg: Königshausen & Neumann.

---

<sup>20</sup> A propósito de esta observación, Schulte trae a colación una cita de Lewis Carroll: «Well! I've often seen a cat without a grin», thought Alice; «but a grin without a cat! It's the most curious thing I ever saw in all my life!» (citado por Schulte, 1990, pp. 148 y ss., n. 2).

- Fernandois, Eduardo (2003). *Kontexte erzeugen. Zur Frage nach der Wahrheit von Metaphern*. En *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*, 51, 427-442.
- Fetzer, Anita (2004). *Recontextualizing Context. Grammaticality Meets Appropriateness*. Amsterdam: John Benjamins Publishing Company.
- Fish, Stanley (1980). *Is there a Text in this Class? The Authority of Interpretive Communities*. Cambridge: Harvard University Press.
- Gross, Steven (2001). *Essays on Linguistic Context-Sensitivity and Its Philosophical Significance*. Nueva York-Londres: Routledge.
- Hare, Richard M. (1971). Austin's Distinction between Locutionary and Illocutionary Acts. En *Practical Inferences* (pp. 100-114). Londres: Macmillan.
- Scholz, Oliver (2001). Wittgensteins Holismen. Sätze, Sprachspiele, Lebensformen. En Uwe Meixner y Albert Newen (eds.), *Philosophiegeschichte und logische Analyse*. Volumen 4: *Grundlagen der analytischen Philosophie* (pp. 173-188). Paderborn: Mentis.
- Schulte, Joachim (1990). Kontext. En *Chor und Gesetz. Wittgenstein im Kontext* (pp. 146-161). Fráncfort del Meno: Suhrkamp.
- Searle, John (1990). *Actos de habla*. Madrid: Cátedra.
- Wirth, Uwe (2002). Der Performanzbegriff im Spannungsfeld von Illokution, Iteration und Indexikalität. En Uwe Wirth (ed.), *Performanz. Zwischen Sprachwissenschaft und Kulturwissenschaften* (pp. 9-60). Fráncfort del Meno: Suhrkamp.
- Wittgenstein, Ludwig (1988). *Investigaciones filosóficas*. México DF-Madrid: UNAM-Cátedra.